

MONTSERRAT GUNTÍN GURGUÍ

Heterosexualidad compulsiva *

Hay mujeres que viven su heterosexualidad con un exceso de pasión. Se trata de una pasión flotante que impregna su existencia y que, al mismo tiempo, permanece desviada de la fuerza original de la vida y, aunque la mujer que la sufre no busca otra cosa, ella no cree tener esta fuerza en sí misma. Por eso ha puesto al hombre – y a la relación con él– en el lugar de Dios. Lo cual no es mas que una proyección fantasmática con la que imagina restituirse o reparar una supuesta “cosa perdida” o “falta” original. La energía que agita esta pasión sin destino no encuentra salida y se enquistas o se bloquea y se traduce en desorden, en sufrimiento del cuerpo y del alma. Ella sufre porque no se dispone a dar acogida y a reconocer el verdadero sentido de su pasión. Este sufrimiento que encierra la vivencia de la heterosexualidad de muchas mujeres, es (aún) el producto de un punto ciego; y creo que se trata de una resistencia a reconocer lo real.

El tema de la heterosexualidad¹ es enormemente complejo y muy importante para nosotras las mujeres, y lo hemos tratado poco y con

* He escrito este artículo a petición de Milagros Rivera y se lo agradezco por el placer que supone hablar cuando alguien espera que lo hagamos. También agradezco a Elvira Aparici, a Lluís Compte y a Anna Row sus valiosas observaciones sobre el texto.

poca claridad a pesar de saber muy bien que en la relación entre los sexos existe un nudo (aún²) demasiado tenso. Un nudo apretado que encierra misterios y que corta posibles flujos sanos de la relación entre uno y otro sexo. Aquí no voy a deshacer el nudo porque para ello hace falta mucho espacio y mucha reflexión atenta y responsable, pero quiero abrir el tema porque afecta a mujeres a las que quiero y conozco bastante bien y es pensando en ellas que lo haré. No pretendo enfocar el tema desde la epistemología de la objetividad,³ a saber: "yo, que no tengo el problema, hablo de 'las otras' que sí lo tienen", no. Yo misma he sido poseída ocasionalmente a lo largo de mi vida por la compulsión que trataré aquí. Una compulsión que, por visible, ya es "una cosa extraña" a la diferencia sexual: esta diferencia sobre la que se funda el mundo (y el psicoanálisis, por ejemplo) y que, sin embargo, cuesta tanto de admitir.

El problema de la heterosexualidad compulsiva no tiene que ver con ser o no ser heterosexual. Yo lo soy, estoy satisfecha de serlo y tengo mi vida configurada en torno a esta parte de mi *self*. Tampoco se trata de un problema de atracción sexual insensata, frívola o superficial, no, es otra cosa. Otra cosa que ahora yo ya trato⁴ como una "enfermedad del alma". Enfermedad, porque en la relación de ellas con el otro sexo (y con el mundo) existe un poderoso componente compulsivo acaparador que coarta su libertad. No digo que no sean mujeres libres, lo son. Pero consiguen su libertad al coste de un sobre-esfuerzo, como... *por encima y a pesar de sí mismas*. Este mal-entendido⁵ –que es caótico– a mí me ha ocurrido ocasionalmente.

En el espacio de relación entre ella y yo

Esa compulsión afecta a los sentimientos, a los afectos, al pensamiento y a la palabra de la mujer que permanece dominada por ella. Y eso se traduce visiblemente en que no pueden sentir, ni pensar, ni hablar al mundo y en el mundo sin recurrir a una mediación o a una

medida masculina. La mujer dominada por esta pasión ciega tiene el alma capturada por un Significante⁶ que le es ajeno – por masculino–, y entonces ella no puede, no llega a *ser para sí*. Secuestrada el alma por un “agente simbólico” extraño a ella, vive emancipada de sí misma, por decirlo de una forma radical. Estoy pensando en mujeres potentes y cultas de mediana edad. Me consta que su vida está muy resentida por este problema y, muchas veces, su cuerpo traduce como puede el dolor de este no-ser para sí.

Este problema se deja ver en el espacio público, en el que ellas suelen ser eficaces y brillantes aunque – siempre aparecen ocultas tras medidas masculinas que las transforman– no son ellas. Sucede lo mismo cuando en el espacio entre nosotras afirman su posición en el mundo. Cuando mi relación con ellas es terapéutica, el problema no presenta ninguna dificultad entre ambas, porque todo lo que impide el bienestar y la libertad de mi paciente es tema de trabajo. Es en mi relación política con ellas cuando surge lo que yo siento como un abismo insalvable. Cuando no es así, cuando en el espacio entre nosotras no se toca su lugar o el mío en el mundo, el muro desaparece, el ambiente se distiende y dan rienda suelta a su libertad de pensamiento, de obra y de palabra y disfrutamos juntas del aire espontáneo y creativo de nuestra libertad. Esto es precisamente lo que me da fuerza para decir lo que digo. Para ellas la materia viva que surge de nuestra libertad no parece ser valiosa, es como si no fuera real, como si perteneciera a otro mundo que no es en el que vivimos. Y ocurre que, cuando nuestra relación es política –y lo es cuando ambas estamos interesadas en el intercambio del pensar y el hacer de cada una por la otra– se hace inevitable tocar el tema de nuestra posición en el mundo y, ahí, es justo donde se sitúa la imposibilidad de entendimiento. Una imposibilidad que a mí me entristece enormemente; me entristece sentir que de pronto entre ella y yo aparece, no sé cómo decirlo... un poderoso fantasma inefable al que se supone (porque así lo siento) que debo respetar. Y a mí nada me frustra más que lo corpóreo sin nombre –fuera de mi consulta, claro está–. Cuando esto aparece los flujos cesan y la

relación se seca y cansa porque las palabras no sirven. Entonces, percibo una señal clara e inequívoca y me callo. Me callo mientras pienso “Este tema no se toca”. Todas las mujeres hemos aprendido a captar el momento en que el “ambiente” nos indica que lo mejor es callar. Es por eso, precisamente, que estoy convencida de que cuando en el espacio entre mujeres las palabras no sirven para crear nexo, es porque se trata de *un problema de orden simbólico*. Una cuestión de “ley” obsoleta que, ahora, es más personal que social.

En el espacio de relación entre ella y el otro sexo

Otro síntoma notable, de la mujer víctima de esta pasión ciega, se desata cuando ella pierde a “su” hombre. Es un sufrimiento exagerado y devastador porque abarca tanto el interior como la vida entera de ella. Doy por supuesto que todas hemos sufrido durante la ruptura del vínculo con quien amábamos, y más si se trataba del vínculo que contribuía a sostener nuestro proyecto vital; pero ahora hablo de la vivencia de la mujer que sufre de este mal. Cuando él se va, en el interior de ella queda una herida que parece no cicatrizar con el tiempo y entre tanto ella sueña con la aparición de “otro”. Por suerte, ahora, este mal va dejando de afectar a las mujeres más jóvenes, y sobre todo si lo han vivido en sus madres. Haber vivido este drama en sus madres ha sido, para las hijas, una vacuna.

Julia Kristeva⁷ define mucho mejor de lo que yo sería capaz lo que le ocurre al alma “acaparada” de una mujer afectada de esta pasión ciega. Es en el pasaje que Kristeva titula, curiosamente, *Una perversión blanca*. Blanca, porque esta perversión no tiene para Kristeva (aún) significación posible. Dice así:

“La pérdida del objeto erótico (infidelidad o abandono del amante o del marido, divorcio, etc.) es sentida por una mujer como un ataque contra su genitalidad y equivale, desde este punto de vista, a una castración. Inmediatamente tal castración se coloca en consonancia

con la amenaza de destrucción de la integridad del cuerpo y de su imagen, así como con la amenaza de la totalidad del aparato psíquico. Además la castración femenina no está deserotizada sino recubierta por la angustia narcisista que domina y alberga al erotismo como un *secreto vergonzoso*. Una mujer no tiene pene que perder, pero toda ella –cuerpo y sobre todo alma– se siente perdida bajo la amenaza de castración. *Como si su falo fuera su psique*, la pérdida del objeto erótico desplaza y amenaza con vaciar por completo su vida psíquica. La pérdida exterior es inmediata y depresivamente vivida como vacío interior (...). Es decir que el vacío psíquico y el afecto doloroso –que es su manifestación menor pero intensa– se instalan en el sitio y lugar de la pérdida inconfesable”. (Pág. 74-75).

Creo que puede sernos útil aquí abrir preguntas: ¿A qué está atrapada la mujer que vive así (tan catastróficamente) la pérdida de su hombre? ¿A quién representa este hombre? ¿Qué tiene él para ella? ¿En manos de quién pone ella su genitalidad, y en qué la funda siendo como es, al parecer, absolutamente “castrable” por él? La imagen de ella, su cuerpo... la totalidad de su aparato psíquico... ¿¡Todo destruido!? ¿Como si su falo fuera su psique?... ¿Y esta pérdida inconfesable no tendrá que ver con la permanencia de la óptica que aún asimila el falo al significante de la potencia vital? Cuando la única potencia vital que nos sostiene y que sostiene el mundo es *el amor puesto en obra de la vida real*. Y, a propósito del amor... ¿Qué tipo de amor es el que ella siente por este hombre? Ella debería pararse a reflexionar; porque sabe, por sentido común, que ningún vínculo entre dos personas adultas resiste el peso de tal significación: Ese hombre no es, humanamente no puede ser, lo que significa para ella; luego, efectivamente, esto tiene el color de *una perversión*, aunque quizá, hoy, ya no tan *blanca*.

En el espacio de relación entre ella y su origen

El psicoanálisis considera(ba)⁸ la perversión como una desviación

de la práctica sexual considerada “normal”. Una desviación de la norma que afecta(ba) a los hombres, a los que considera(ba) incurables, innanalizables. Lacan y sus discípulos alteraron esta lectura, extremadamente paternalista y moralizante e interpretan la perversión (resumo mucho) como una especie de acto de rebelión del “sujeto” que “habla así” –con el síntoma– de su deseo de des-sujetarse de la norma impuesta por la “Ley”. Pero será Joyce McDougall (psicoanalista francesa) quien modificará notable y humanamente la interpretación de la perversión. Ella, situándose en la *Self Psychology*, contempla la perversión como un trastorno narcisista⁹ que se manifiesta a través de una parte eminentemente pulsional del *Self*. Al considerar que es tan sólo una parte del *Self* la que está “capturada” en compulsión, McDougall puede asimilar la perversión a los perfiles adictivos y compulsivos, tan fomentados y frecuentes hoy. La persona en cuestión sufre de una parte “del sí mismo”, que es efectivamente compulsiva y sin embargo a menudo el resto de su *Self* permanece sano. Las mujeres de las que hablo –o yo misma, cuando ha sido una parte mía pulsional y ciega la que me dominaban– han caído en la perversión que señalo; la diferencia entre ellas y yo es la de la permanencia en ella.

McDougall, en la cita que a continuación transcribo, habla de un hombre que sufre de una compulsión perversa.¹⁰ Es decir que, él, incapaz de amar porque no alcanza a reconocer la diferencia sexual (que es lo mismo que decir que no puede reconocer la alteridad), soluciona la ausencia del otro (en este caso de la mujer) con “una cosa” que la representa. Y dice McDougall: “Esta persecución sin descanso (la búsqueda compulsiva de ‘la cosa’ una y otra vez, el apego, la adicción, etc.) muestra la gravedad del fracaso simbólico y los daños que ocasiona en la identidad subjetiva. La actuación sexual (compulsiva) se convierte, entonces, en búsqueda perpetua de una confirmación de sí mismo, destinada a contener el pánico que se desata frente a toda amenaza de pérdida o dolor narcisista. Porque este fracaso simbólico se produce sobre una base fisurada, muy anterior a la crisis edípica y de la diferencia sexual; este fracaso

primitivo concierne a la falta primordial de la madre, allí en donde se funda la alteridad, allí en donde se origina la capacidad de simbolizar esta falta y de crear las primeras ilusiones para llenar el espacio psíquico dejado por la ausencia del Otro. Es lo que Winnicott (1951, 1971) llama *la actividad creadora primaria*, la materia prima con la que se fabrica *la ilusión y la realidad psíquicas*".¹¹

Vayamos por partes: El acontecimiento que permite observar con claridad el cambio que se está produciendo en nosotras las mujeres (y que McDougall no contempla) es, sin duda, el final (simbólico) del patriarcado.¹² Un acontecimiento de grandes consecuencias, algunas más visibles que otras. Una, que es la principal y al mismo tiempo de una gran dificultad, es el reconocimiento de la diferencia sexual. Una diferencia que, entre otras cosas, consiste en asumir que yo soy una mujer y que, por eso, jamás sabré cómo se siente la vida a través de un cuerpo sexuado en masculino; nunca podré experimentarlo. Este es el modo que yo (y otras) he encontrado de asumir mi condición y mi límite: Yo nunca seré lo que no soy. Esto lo he entendido bien, después de mucho trabajo, cuando he podido reconocer que mi madre no me falta porque, efectivamente, me funda. Y mi fundación es ésta, independientemente de si ella era o es buena o mala o de cómo fue o es ahora nuestra relación. A partir de ahí ya no existe para mí ningún fracaso simbólico ya que en su alteridad reconozco la mía. Y esto sucede al mismo tiempo que desaparece en mí la necesidad de llenar la ausencia de mi madre con "mi" hombre. Si hay un hombre en mi vida y nos amamos, bien; pero si no, yo seguiré entera viviendo en la conciencia de mi límite y de mi contingencia. He aquí una identidad subjetiva resuelta; resuelta y receptiva a la alteridad y, por tanto así y sólo así, al amor.

Pero lo que acabo de decir se dice pronto porque, si es verdad, es muy difícil de asumir. La dificultad está en que, la aceptación de mi diferencia (en soledad, porque este es un proceso íntimo) me confronta al abismo de "lo Real". Lo Real que significa, entre muchas otras cosas, la ausencia de "El Otro": El Otro, así, en mayúscula, no

existe y esto sucede porque se ha terminado un orden que se pretendía simbólico y, sencillamente, no lo era. El patriarcado ha terminado y, con él, la mayúscula del otro que significa la omnipotencia de a quien se le supone el falo o el poder. De este acontecimiento deviene, también, la famosa "muerte del sujeto": El sujeto ya no tiene "Otro" en el que sujetarse. Este es un gran suceso que requiere mucha reflexión honesta, humilde y muy, muy responsable. Porque este es el suceso que supone (insisto) una de las dificultades de aceptar lo real.

Por otra parte, ¿Qué quiere decir McDougall cuando, refiriéndose a Winnicott, habla de la actividad creadora primaria como *la materia prima con la que se fabrica la ilusión y la realidad psíquica*?¹³ ¿Significa esto que nuestra realidad psíquica está animada por una materia prima que contiene *un componente ilusorio*? Por supuesto que sí.

Hace unos veinte años leí a Winnicott por primera vez y en aquel momento tuve una impresión similar a la que hoy tienen de él (aún) la mayoría de psicoanalistas: "la teoría buena pero blanda de un hombre bueno y blando", por decirlo de forma rápida. En aquel momento yo buscaba algo fuerte, transformador y sobre todo de pura abstracción. Algo que, obviamente, debía situarse lejos, muy lejos de mi madre y de lo real, que es donde ella estaba y está, y donde yo estaba y estoy (aún) sin saberlo. Por eso, seducida por el laberinto de la pura abstracción, escogí a Lacan (de quien, por cierto, aprendí). Fue mucho más tarde cuando descubrí que la abstracción no va a ninguna parte porque es entelequia y síntoma de malestar. Y, hará cosa de dos años, Luisa Muraro me sugirió que volviese a leer a Winnicott. Desde entonces lo estoy estudiando a fondo. Ya he dicho que no hay lugar aquí para extenderme y por eso voy a intentar ser breve para tratar de decir algo sobre el componente "ilusorio" (del que habla Winnicott) que impregna nuestra materia prima y por tanto una parte de nuestra realidad psíquica.

Winnicott fue pediatra y psicoanalista, y discípulo y analizando de y por Melanie Klein, aunque más tarde disidente de ella. Fue un gran admirador de la obra materna y siempre trabajó fascinado por el acontecimiento de la fundación humana. Fundación que sucede entre la pareja primordial: la madre y su criatura. Esta fascinación le convirtió en un agudo observador de la complejidad y delicadeza del proceso de la obra humanizadora. Winnicott consideraba a casi todas las madres "suficientemente buenas" para dar al mundo una criatura capaz de amar; es decir, capaz de convertirse en una mujer o en un hombre sano y feliz. Fue un excelente terapeuta y su técnica consistía en una especie de adaptación o copia (consciente y deliberada) del hacer de la madre. Winnicott observaba a su paciente y trabajaba con él situándose en "la sintonía de la madre" y esta posición le permitía descubrir el lugar de "la falla", el bloqueo o el anclaje que ocasionaba el sufrimiento de su paciente. Y allí "reparaba", restituía o devolvía a su paciente aquello que, naturalmente, le pertenecía. Pero Winnicott hizo su trabajo y lo escribió desde la experiencia que a él le había sido dada y con la única que pudo identificarse: la de hijo/hombre. Sin embargo a mí me han sido dadas dos: la de hija/mujer y la de madre. Soy la hija de una "madre suficientemente buena" porque he llegado hasta aquí y no me va del todo mal, y he sido una "madre suficientemente buena" porque mi hijo e hijas son ya adultos sanos. No obstante ahora, que debo decir algo sobre el componente ilusorio de nuestra realidad psíquica, no voy a ser una profesional de la psicología suficientemente moderada porque hablaré desde los dos lugares desde los que puedo sentir y pensar.

Observando el juego del bebé en el espacio de relación con su madre, Winnicott descubrió que en la realidad psíquica existe un componente ilusorio. Una ilusión que es la raíz del deseo, incluido el deseo de vivir. Esto sucede (observa Winnicott) porque la madre permite que su bebé crea que lo que *encuentra* (por ejemplo el pecho como representante de potencia y fuente de vida, satisfacción y completud), ha sido creado por él a partir de la fuerza del impulso

de su necesidad; de ahí surge el deseo y la futura capacidad creativa. Y esto, esencial para la vida psíquica y simbólica, sucede en "el espacio potencial intermedio de la relación con la madre". La teoría de Winnicott es rica y compleja y está llena de matices interesantes para el estudio de la vida psíquica, como por ejemplo el que acabo de resumir. De todos modos yo veo que en la niña-mujer el componente ilusorio de su psique no es igual que el del niño. La niña, como cuerpo sexuado femenino, experimenta y de algún modo "sabe" que su juego y su intercambio con el cuerpo de su madre esta sostenido por la madre y, más tarde, lo corrobora en la identificación paulatinamente consciente con ella. La niña de ningún modo puede ser tan inocente como el niño porque ella no está en el estado de candor de él que, por su sexo, permanece fuera de la posibilidad de que la vida suceda en su cuerpo. La niña experimenta que *forma-parte-de*, luego es, sin duda, otra experiencia y otra realidad psíquica. En el juego de las niñas se puede observar el trabajo de investigación relacional especular que están dispuestas a hacer con su madre; ahí practican "las leyes y las trampas" o el doble juego de la relación. De esta misma afirmación deduzco que ninguna mujer puede esperar que un hombre sepa de amor más que ella. Obviamente me refiero a un saber que es del orden simbólico de la madre y por tanto es de todos. Sabemos que existen algunos hombres que saben amar más que algunas mujeres; pero el saber amar de estos hombres deviene del otro sexo.

En la teoría de Winnicott queda claro que la creencia del bebé, de que lo que encuentra —todo lo que la madre le presenta, incluido el mundo— lo ha creado él, es la base del sentimiento de omnipotencia infantil (más masculina que femenina) y este es justo el punto cumbre de la "ilusión". Una ilusión necesaria, hasta cierto punto, para la aparición del deseo y, más tarde, de las otras capacidades más humanas: la de amar, la de crear y la de simbolizar. Pero, si no hay lugar para la des-ilusión (el descubrimiento de lo real) y por tanto persiste el mecanismo de la omnipotencia, tampoco habrá lugar para el reconocimiento de la alteridad; no habrá lugar para la existencia

del otro. Y aquí es necesario tener en cuenta¹⁴ que los hombres y las mujeres compartíamos hasta hace poco tiempo un mismo imaginario sobre la relación de los sexos (hemos sido hijas e hijos del sistema patriarcal más cerrado y seductor). Se trataba de ese mismo imaginario que construyó a Dios a imagen y semejanza... El mismo que comparte la mujer que sufre heterosexualidad compulsiva.

Ahora vivimos un momento histórico nuevo en el que hay que plantearse la cuestión siguiente: ¿perdura en mí algo de la ilusión omnipotente y por eso (aún) creo que un hombre puede restituirme mágicamente a mi madre o el antiguo significado que ella tenía para mí, devolviéndome la "ilusión", vital entonces y mórbida ahora, de la omnipotencia infantil, hasta el punto de crearme que yo soy todo para él y él es todo un continente magnífico y seguro para mí? ¿Aún creo en la posibilidad de poder recrear en alguna otra relación la fusión que me originó? ¿Aún creo que él debe saber de amor más que yo?...

La imprescindible des-ilusión consiste en mi deber (como hija) de afrontar todo aquello que mi madre me donó en negativo o en no significativo. Una donación confusa con la materia positiva, y que, por tanto, da lugar a la implacable ambivalencia que toda hija (e hijo) tiene con ella. La ambivalencia es la potente mezcla de los sentimientos de amor y de odio presentes en toda relación original, fundadora. Mis hijos deberán hacer lo mismo en sí, con respecto a mí, si quieren su verdadera independencia simbólica. Mi negativo (el de ellos y el de todos) está compuesto por la materia viva de mi angustia que pugna por ser comprendida por mí al precio de vencer el miedo al vacío y a lo insignificante de mí. Consiste en la gran tarea de separar lo imaginario de lo real. En toda alma hay un mal-entendido: no existe quien vive sin angustia, sin materia oscura. Y la materia oscura no puede ser, de ningún modo, moneda de cambio en la relación con nadie: "Ya no hay mamá" y nadie sabe de mí mejor que yo, por tanto, sólo yo¹⁵ podré comprenderla y disolverla.

Pienso que es la resistencia a la desilusión (a ver lo real) y el temor a la responsabilidad que ello conlleva lo que no nos permite avanzar. Si nos situamos de nuevo en el tema que nos ocupa, nos podemos preguntar: ¿qué es lo que teme la mujer que sigue presa de heterosexualidad compulsiva? ¿Por qué no alcanza a ser ella misma? ¿Por qué (aún) necesita sostener un imaginario tan precario?

Puede ser que ella tema la homosexualidad. Su homosexualidad que quizá la situaría bruscamente, sin la mediación masculina que ella usa como defensa y medida del mundo, frente a su madre. Una confrontación que teme porque teme caer en el magma de su confusión o des-ilusión personal. Una confusión (con la madre) que, quizá, ella aún no puede resistir. Para ella, por tanto, sostener una relación de confianza pública con otra mujer puede ser confusional y (aún) insignificante sin su medida masculina. Elige, entonces, una confusión "legítima", por decirlo de alguna manera, y sigue buscando fuera de sí misma el antiguo "objeto perdido" que le restituya la ilusión de vivir —la fuerza de vivir— que cree no tener en sí misma.

Puede ser, también, que ella tema encontrar a un hombre de verdad. Para mí, un hombre de verdad es el hombre que apoya con admiración y profundo respeto el proyecto de vida de la mujer que ama. Y entiendo por "proyecto de vida" todo aquel que se realiza en la obra de darla y de sostenerla y que da paso, así, a todas las analogías. La obra de vida que todos conocemos (en positivo y en negativo) porque es del orden materno. Lo que acabo de afirmar me coloca en una posición que atenta (aparentemente) contra la puesta en práctica de la(s) política(s) de la emancipación de la mujer y de las políticas que defienden la igualdad de los sexos. Una práctica que, si bien por una parte ha sido absolutamente necesaria en nuestra historia, por otra ha conducido la vida de muchas mujeres a una libertad no satisfactoria porque las ha emancipado también de sí mismas y, si ha sido así, del amor.

Quizá los miedos que he mencionado tengan también alguna rela-

ción con el temor a ser “una mujer fálica”, que (aún) hoy es la mujer que habla y dice lo que es. Para ser una mujer y hablar claro y decir lo que es, ha de haber sido saldada la deuda simbólica para con la madre en el acto de aprender a amarla y en la restitución de su lugar (en mí) en el continuum materno. Una deuda que nunca se salda de verdad si no se atraviesa la materia oscura habida en la antigua relación con ella; y esto se logra (insisto) en el ejercicio de saberla amar porque en sus debilidades y en sus faltas me veré, me especularé y descubriré las mías. Esta es una trayectoria ineludible para conocerse una misma y así, sólo desde la humildad de este acto, se adquiere la capacidad de entender lo que *es*. Después ya se está en la disposición de atravesar el dolor y el esfuerzo de la lucha por lograr decir lo que *es* en la relación verdadera con el otro. Es una lucha dolorosa porque, si es verdadera, parte del alma y atraviesa el cuerpo y, aún, es difícil reconocer que este es un saber consustancial al ser mujer porque es don directo del orden simbólico de la madre. Siempre es más fácil creer que “él” está en la posesión del saber divino que yo necesito ahora para “recuperarme” y seguir el camino de mi vida. Nada más lejos de la realidad; “él” ha permanecido siempre fuera del acontecimiento original de dar la vida y en este sentido (como he dicho antes) es inocente. Somos nosotras... es la madre quien ocupa, más allá incluso de su voluntad y de su poder, el lugar de este saber. Ella me interpretaba, bien o mal, pero su obligación –si era ella la que ocupaba su lugar para mí– era la de devolverme. Al hacerlo, ella asumió el valiente y fragilizante riesgo de equivocarse. Si yo amo, debo hacer lo mismo; y aquí, no hay falicismo que valga.

Hay mucho por hacer y todo permanece abierto porque lo real es un ámbito del alma –la propia y la de la relación– a la espera de ser reconocido y, en el mundo que vivimos, la premisa básica de lo real atraviesa la diferencia sexual.

Barcelona, Diciembre de 2003

notas:

1. En 1981, Adrienne Rich escribió un artículo titulado *Heterosexualidad obligatoria y Existencia lesbiana* (traducido al español por Milagros Rivera; ver: *DUODA* 10 y 11). Rich lo escribió en otro sentido y desde otro lugar y no pudo tener en cuenta el acontecimiento del final del patriarcado.
2. A lo largo del artículo aparece a menudo el adverbio "aún", es una referencia al Seminario XX de Lacan que tanto ha dado de sí dentro del mundo intelectual feminista. Yo veo en este último seminario una "impaciencia" y una necesidad de "insistir" que es común a amigas mías, es un reconocimiento a ellas.
3. Este concepto lo he aprendido de la filósofa italiana Luisa Muraro.
4. Tengo algunas pacientes con este problema.
5. Guntín, Montserrat. *Fent referència a la matèria viva*. *DUODA*, Revista d'estudis feministes, 22 (2002).
6. Aquí tiene sentido la "S" mayúscula.
7. Kristeva, Julia. *Sol negro. Depresión y melancolía*. Monte Ávila Editores Latinoamericana (1991), pág. 74-75. Subrayado de la autora.
8. En algunos ámbitos ortodoxos del psicoanálisis, se sigue considerando exactamente igual que antes.
9. Yo trato el trastorno narcisista como un problema que se encuentra en la relación entre sí y sí. Por distintas razones, quien lo sufre no permite que nada ni nadie entre en su alma. Es un conflicto, defensivo, con la alteridad.
10. Se trata de la perversión del fetichismo. Todas las perversiones son compulsiones acaparadoras que tiñen la vida de quien las sufre.
11. McDougall, Joyce (1978). *Alegato por una cierta anormalidad*. Paidós, Barcelona, 1993, pág. 179 (subrayado de la autora).
12. Librería de mujeres de Milán. *Sottosopra rosso. El final del patriarcado*, *El*

viejo topo 96 (Mayo 1996) y Llibreria Pròleg, Barcelona, 1996.

13. Ver: Winnicott, D.W (1971). *Realidad y Juego*, Barcelona: Gedisa, 2002. Y del mismo autor (1988): *La Naturaleza Humana*, Barcelona: Paidós, 1996.

14. Existe una inmensa bibliografía – en su mayor parte feminista - sobre este tema, que parte del final de los sesenta y se inscribe dentro del pensamiento postmoderno.

15. Mi experiencia es que es necesaria una mediación de autoridad para evitar, en la medida de lo posible, el riesgo de extraviarse.